

TRANCE DIFÍCIL

I

Al salir al aire libre, la menuda lluvia que caía le produjo un escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. Pero al instante se repuso y comenzó a andar con tiento por las escurridizas tejas que, cubiertas de escarcha, hacían muy peligroso el descenso hacia el borde del tejado.

Sin embargo, Gabriel tenía suma destreza para todos aquellos ejercicios, y procediendo con cautela sujetó a un pararrayos la cuerda que el día anterior consiguió quitar a los albañiles cuando desmontaron el andamio en la galería interior de la cárcel.

Por la esquina del edificio era posible llegar hasta el borde de la tapia del jardín, que estaba casi rasando; Gabriel no vaciló. La cuerda fue lanzada al espacio y el preso se sentó en el borde del tejado mirando al fondo del abismo que se abría a sus pies. Tenía tomada su resolución: si los peligros de aquella fuga eran grandes y numerosos, la figura del patíbulo que diez días después se levantaría para él, la espantable muerte que le tendía su huesuda mano para segar su existencia en lo más floreciente de su edad, en la edad de las ilusiones, eran visiones más que suficientes para animarle a arrostrar toda clase de riesgos.

Abrazóse, pues, a la cuerda, miró al cielo negro y sombrío, del que continuaba descendiendo la lluvia menuda y fría, y se dejó deslizar por el pedazo de cáñamo tendido entre la tapia y el pararrayos. Sus manos comenzaron a calentarse con el roce de la cuerda, después se tiñeron de sangre; pero Gabriel apretando la cuerda cada vez con más fuerza, llegó a la tapia. Con notable agilidad puso un pie en ella, quitó una mano de la soga apoyándola en el borde de la tapia, limitó entre la libertad y la cadena, y quedó montado a hurtadillas. Soltó entonces por completo la cuerda, se colocó atravesado, hacia fuera las piernas y deslizo por el muro.

Ya estaba en el suelo. Miró a los lados. Nadie le había visto. Arreglóse algo el traje, se limpió con el pañuelo la sangre de sus manos y, sonriendo con cierta satisfacción, echó a andar alejándose de la cárcel.

¿A donde vá? No lo sabe él mismo. Huye de la prisión y acaricia febrilmente el puño de una navaja. La guarda para sí en caso de necesidad.

Cuando cometió el crimen estaba obcecado. Hoy piensa, y antes que criminal, será suicida.

II

El pobre Andrés Miramar quedóse meditabundo y abatido cuando el Juzgado le notificó el desahucio, por medio de una papeleta lacónica, fría, horrible.

Andrés desempeñaba el cargo de agente de policía. Al morir su padre, heredó de él únicamente una deuda, que era la que le había conducido a tan lastimoso estado. Cuatro mil pesetas faltaban aún para completar el pago, y el usurero había acudido ante los Tribunales que, fallando a su favor, condenaban a Andrés al pago de las cuatro mil pesetas, más las costas, en el plazo de quince días, en inteligencia de que, en caso contrario, procederían al embargo judicial de los escasos bienes de Andrés.

Y Andrés lloraba, arrancándose los cabellos y buscaba en vano un medio de reunir aquel puñado de pesetas que bastarían para asegurar su dicha devolviendo la tranquilidad a aquella infeliz familia.

Aquel mismo día, la Prensa daba cuenta de la fuga de un preso que en el plazo de diez días debía ser ejecutado. Un año antes había matado a un

mánticos alhagos, ó se nos desprecia y desata cortemente cuando queremos perseverar en un neutralismo político internacional, para echar las bases de nuestra rehabilitación económica nacional y de nuestra expansión comercial en Sudamérica.

No, no debe haber para España nuevas trépidas, ni con Inglaterra ni con Francia. Al *status quo* inestable, militarista y convencional, mantenido por un Imperio cesarista y una República burocrática, hay que oponer en la política continental de Europa el firme contrapeso del neutralismo en la paz y por la paz: alianzas, política internacional española, conjunción de los pueblos débiles, de las nacionalidades de tercer orden, para garantizar la seguridad colectiva de soberanías brutalmente amenazadas; fraternidad europea para la paz, no salvajes alianzas para la guerra. Concordia y solidaridad para el amor y la vida, no máquinas infernales para la destrucción y la muerte...

Hay dos fuerzas poderosas que solicitan la actitud de nuestro pueblo en política internacional. Una es de raza y es, además de solidaridad económica y de intereses comerciales; otra es de conveniencias diplomáticas, de exigencias de cancelería. Nuestras miradas se fijan en América y en Europa. Las clases laboriosas y las inteligencias prácticas prefieren una inteligencia industrial entre la gran familia iberoamericana en el Vicio y en el Nuevo Mundo, los elementos parasitarios, los quijotes supervivientes, aspiran a levantar el espíritu militar abatido por el espíritu industrial en Cuba y Filipinas. La revancha es estúpida y temeraria.

Situada nuestra Península entre dos mares, podría ejercer con prudencia dos políticas de provechosa neutralidad activa en ellos. En el Mediterráneo, garantizando, en conjunción con Italia, preterida también, la independencia de este mar de toda ambición preponderante y exclusiva; invirtiendo su cooperación a Francia ó Inglaterra para destruir en él el equilibrio; invitando á las potencias europeas colonizadoras; como Alemania, Bélgica y Holanda, á instaurar en Marruecos un régimen de neutral independencia para ser por todos pacíficamente explotado; haciendo de nuestros presidios africanos puertos comerciales para la penetración europea, porque siendo imposible que el Magreb sea ó pueda llegar á ser una colonia de España, es para nosotros un peligro que se anexionen á Francia y más peligro aún que se sume á Inglaterra.

En el Mediterráneo, política de contemporalización y de defensa, en actitud esencialmente neutral. Y en el Atlántico, política de fraternidad expansión hacia las dos Américas y de integración continental con los países amenazados en Europa por el factor militarista, sediento de expansión territorial y de sangre humana, y por el factor capitalista, que quiere hacer de nosotros un país colonizable, como Venezuela. Respetemos nuestra independencia en el orden, si queremos evitar una intervención por el desorden. Cerremos el libro de nuestras aventuras nómadas, para inaugurar el de las empresas laboriosas. Abramos el alma á la convivencia, sin entregarla á la esclavitud ó tiranía impuestas por onerosas alianzas.

ELOY L. ANDRÉ.

El colmo del modernismo.

Pues señor, está visto y es cosa comprobada. Desde que lo hemos dado en llamar modernismo hizo su aparición, no ha cesado de trabajar activamente para infiltrarse en todos los órdenes de la vida y en todas las esferas de la actual sociedad; y justo es reconocer que lo ha conseguido.

Primeramente comenzó á darse á conocer en pinturas y dibujos, donde una juventud soñadora é ilusionista pinta y dibuja cuadros en que el abigarramiento de colores y tonos y el cúmulo extraordinario de líneas y detalles les da un aspecto charro y amazacotado ó como si dijéramos (y dispensen los modernistas) churriguereesco.

Después en el mobiliario de las casas, luego en las alhajas y más tarde en el extenso dominio de la moda, dejó sentir su influjo el modernismo, convirtien-

do á nuestros elegantes de ambos sexos... ¿lo digo?... en fanteoches vivos y en irrisorios mamarrachos.

Además, en su deseo de apoderarse y de invadirlo todo, el modernismo penetra resueltamente en el campo de la amena literatura, y en su ansia de revolución, da al traste con los antiguos moldes y transformando los ya de por sí desequilibrados cerebros de unos cuantos jóvenes, crea un estilo nuevo.

Pero no ha de parar aquí, aún quiere extenderse más: la esfera de acción en que vive le parece pequeña, necesita de más amplios horizontes y echando por el camino de las pasiones, llega á interesarse en los dominios del dios Cupido, y como antes hizo apartarse al pintor del naturalismo y al elegante del buen gusto y al poeta de la verdad, ahora con el amor platónico, el amor volcánico, el amor romántico y aun con el amor no velero, forma otro nuevo y de esta amalgama sale triunfante el amor modernista: amor que, si bien como toda pasión tiene su base y fundamento en el corazón, en su ansia de ascender se eleva hasta el cerebro, altera las funciones del entendimiento y el que antes era hombre cuerdo, queda convertido en loco perdido.

Y todo por la mujer modernista, casquivana, frívola y coqueta, que tiraniza y sacrifica al hombre á su deseo y á su capricho.

Así que ya lo saben los que estén próximos á ponerse en relaciones con una de esas eschortas: si quieren ser novios modelos é ideales rompan con sus amigos, renuncien á sus gustos, á las diversiones y hasta á la libertad á que de hecho tienen derecho, retirense de la vida pública y como el que se encierra en un convento, dedíquese á la vida contemplativa de su adorada novia y habrá conseguido darle en medio del gusto, y esta será la única manera de que pueda llevarla á las gradas del altar.

Eso sí, hasta que se vean dueños de *un apreciable tesoro* ya les mando trabajo, porque tienen el ídem (gusto que dirán ellos) de acompañarlas á todas partes (á respetable distancia), ya sea al teatro, ya á los toros, ya al templo, y á propósito, tengo un amigo que no había entrado en una iglesia quizás desde que lo bautizaron, pero se hizo novio y desde entonces, no solo oye misa todos los días, sino que confiesa y comulga tantas veces como ella, y ésta lo hace á menudo; excuso decir á ustedes que es un santo.

Como este deben ser hoy todos los hombres que aspiren á casarse; satisfagan todos los caprichos de la mujer, sacrificiense por ella y... desde aquí al cielo.

Estos son mis consejos, mas si hubiere alguno á quien no gustasen, le brindo con la siguiente conseja de un autor festivo:

«Predica como yo, la moral sana, pero haz después lo que le dé la gana.»

PANCHO SANZA.

Manzanares 16 Abril 1903.

EDUCACIÓN

Vivir es luchar. Esto es un axioma, una verdad indiscutible.

No podeis imaginar una vida sin contiendas, sin combates, sin esas escaramuzas, sin esas batallas internas, mas dolorosas, más terribles que las grandes batallas de la historia y en las que el alma sangra tanto como pueda sangrar el cuerpo herido por enemiga bala.

Para las heridas del cuerpo la ciencia da sus fórmulas de curación, sus medicamentos para cada caso especial y sus medios para obtener la salud en cada ocasión diferente. Para los grandes dolores de los grandes infortunios decide la fórmula que salva, la medicina que mitiga el sufrir, los medios para lograr esa tranquilidad interior que todos desean y que no todos logran obtener.

La existencia es una gran batalla, y los vencidos hoy vencedores mañana.

EMILIO R. TARDUCHY.